

EL POEMA DE LA CREACIÓN

“En el principio, Dios creó el cielo y la tierra”... Así comienza el libro de los libros, y no hay ningún tema nacido del hombre que haya fecundado nuestro espíritu como el de estos once primeros capítulos del *Génesis*. De ellos ha nacido la moral cristiana, la visión que millones de seres tienen y han tenido de su destino, la explicación psicológica de nuestra miseria interior, la esperanza que nos sostiene, todo lo que tenemos en nuestra vida de más decisivo. Si estos capítulos se suprimen, todo un inmenso capítulo del arte quedaría suprimido. No es, pues, sorprendente que a través de todos los tiempos se haya buscado apasionadamente explicar sus misterios y confrontar sus datos con los documentos de la arqueología y con las hipótesis de la historia.

Sin embargo, una prudencia extrema se impone en estos dominios. Es innegable que en nuestros días se han podido establecer muchos puntos de contacto entre el texto bíblico y los resultados de exploraciones arqueológicas. Elaborada en los medio mesopotámicos, la tradición bíblica ha tomado de éstos algunos rasgos; pero, es abusivo llevar demasiado lejos la afirmación y tomar como prueba lo que frecuentemente no es sino una lejana analogía, ya sea para negar al texto bíblico toda originalidad o para pretender asegurarle bases históricas muy precisas.

Por su belleza, los primeros versículos de esta cosmogonía son un poema. Se diría que para pintar la creación nuestras viejas palabras familiares recobran toda su originalidad y toda su fuerza. “La tierra estaba informe y vacía, las tinieblas cubrían el abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas”. El Dios que se manifiesta desde el comienzo del libro es ya el Dios que invocarán los Patriarcas, el Creador increado de quien todo procede y quien a su vez no procede de nada, el espíritu organizador por quien el caos se ordena, el Dios de justicia al que ofende todo desorden.

Se ha pretendido relacionar esta cosmogonía con un poema babilónico que trata el mismo tema y con ciertas concepciones egipcias que admitían un dios anterior a todo que hace surgir el mundo al llamado de su voz. Pero, las similitudes con el poema babilónico son poco numerosas, y, respecto a las concepciones egipcias, éstas pertenecen a la escuela de Hermópolis, muy posterior al tiempo de los Patriarcas. Las fuentes del primer capítulo del *Génesis* son aún ignoradas.

Dios crea el mundo: separa la luz de las tinieblas; separa las aguas y el cielo; pone la tierra aparte del mar, y sobre el suelo, apenas surgido, hace germinar los vegetales; instala en el cielo los astros; hace vivir a los animales sobre la tierra y el agua. Estos son los cinco primeros días de la creación. En el sexto día, como culminación de su obra, Dios crea al hombre, y en el séptimo reposa.

La creación del hombre está llena de simbolismos admirables. La criatura que completa la obra divina, el más sorprendente logro de Dios, es al mismo tiempo este ser miserable que reconocemos en nosotros mismos. El hombre es modelado con limo de la tierra. Literalmente “Adán” es el hijo de “Adamah”, la gleba, el excelente aluvión de los grandes ríos, del que toda vida a nacido. Esta concepción es ciertamente muy antigua. En Egipto, *Tem*, el primer hombre, también nació de limo. Pero, lo que la tradición de Israel añade es que “Adán” está hecho “a imagen de Dios, a su semejanza” y tiene dominio sobre todas las criaturas. La concepción de un ser prometido a un destino excepcional, depositario de la imagen divina está puesta ahí de manifiesto. Cuando Miguel Ángel, en una de sus más bellas escenas de la Capilla Sixtina, nos muestra a Dios en el momento de crear al hombre tocándolo con su mano, lo que expresa es esta familiaridad, esta ternura de padre e hijo. El mundo cristiano y todo el universo occidental –incluso cuando la olvidan– llevan en sí la certidumbre de esta filiación.

El hombre no fue creado solo. Dios le da una compañía semejante. Es la mujer a quien un juego magnífico de palabras designa: ha nacido de la propia carne del hombre, “hueso de sus huesos, carne de su carne”, y es por ello llamada *Ishah* (mujer), porque ha salido de *Ish* (hombre, varón). Así, distintos en sexo, pero plenamente iguales, hombre y mujer están unidos a un mismo destino. Al Adán nacido de la tierra, se asocia Eva, madre de la posteridad. Nada más conciso, pero nada más noble que esta breve evocación de la primera pareja. Frutos suyos son toda la moral sexual de occidente y toda una psicología.

¿Ha encontrado la historia a estos dos lejanos ancestros? Es muy dudoso. Se ha pretendido leer sus nombres, bajo las formas de *Aiou* y *Hawwa*, en el escritor fenicio Sankouniaton, y tal vez en unas tablillas egipcias encontradas en El-Amarna. Un sello acadio del tercer milenio representa a dos personajes, una mujer y un hombre (éste con cuernos), a cada lado de un árbol; inmediatamente se creyó ver en él un retrato de la pareja original. Lo que viene a reforzar la veracidad del texto no es tanto la documentación histórica cuanto la verdad psicológica: Adán y Eva están, uno frente al otro, en un estado de inocencia.

Hay felicidad entre ellos. Pero, la falta penetra en su vida y todo va a dislocarse. El crimen nacerá entre sus hijos. Es el drama del hombre que comienza con el mal y la miseria interior.